

## EL TIEMPO Y EL JARAMA

POR

LUIS JIMENEZ MARTOS

### PREOCUPACIÓN TEMPORAL EN LA NOVELA MODERNA

En nuestro número anterior publicamos una crítica de nuestro colaborador Fernando Quiñones a la novela de Rafael Sánchez Farlosio *El Jarama*, último Premio Nadal. Dado el interés de esta obra, incluimos en estas páginas un nuevo comentario.

El tiempo, como elemento creacional en la obra literaria, está teniendo en nuestros días una enorme intensificación. El tiempo se hace protagonista, anteponiéndose a los caracteres, al paisaje, a la peripecia, sobre todo en la novela, al producirse un cambio radical en su estructura. Más que nada, preocupa la adecuación del tiempo literario y el tiempo real, el acuerdo entre conciencia y transcurrir, a veces a modo de espejo, a veces con sentido metafísico.

No es raro que esta dirección de la novela moderna venga a coincidir en Europa y América con un movimiento de retorno filosófico al tiempo. La novela, como género, va valorando menos argumento y tipos, y valorando más clima y continuidad temporal, lo que, en definitiva, supone ser más fiel a la vida, a la "realidad radical". Joyce, su novela, continúa siendo el ejemplo máximo, el ejemplo revolucionario, que actualmente, a fuerza de discípulos, va teniendo un tufillo académico, de "manera". Joyce vuelve a poner en boga las unidades clásicas; he aquí que su alarde monstruoso —*Ulises* es una genial y solitaria supuración de realidad— pone en marcha una técnica novelística (hoy al alcance de todos), que se bifurca en múltiples direcciones; pero que, desde Faulkner hasta el intrascendente Cecil Roberts, trae como consecuencia una característica: la limitación del espacio-tiempo, a modo, en ocasiones, de difícil ejercicio virtuoso. Captar lo esencial del hombre, esquematizándolo, para que el lector sea, como ya se ha dicho, un elemento de colaboración.

Desde el experimento de Joyce hasta nuestros días hay una trayectoria sumamente curiosa. Por ejemplo, lo que es paternidad del surrealismo pasa, asimilado el esfuerzo, al arte realista. Más

modernamente, el cine italiano, en particular, aprovecha esa técnica para el logro de sus mejores *films*, donde la gracia y la historia del pasar humano adquieren nuevas perspectivas. Como en la novela, por encima de la dimensión de los personajes está el tiempo, envolviendo las cosas, y lo sentimos como una gigantesca o menuda respiración. Según.

En la axiología artística de nuestra época, el matiz está sobre el bulto; no nos importa que todo aparezca diluido y no podamos precisar qué es importante y qué es secundario.

Lo que antes constituía un simple "pasó el tiempo", es ahora análisis de cómo pasa, encajado en pequeñas unidades. La brevedad ocasiona intensidad; todo tiene que ocurrir "allí" y "entonces"; las situaciones se presentan ya en el momento supremo, planteados, para provocar angustia y esperanza, los dos sentimientos polarizantes. La distinción forma-fondo se ha eliminado, porque ahora sabemos que se trata de un mismo problema.

Ahora bien: cabe el peligro evidente de que esta concentración sobre el elemento tiempo acabe por desdibujar lo demás y, a fuerza de querer expresarlo con tantísimo mimo, acabe resultando una ficción demasiado literaria.

#### "EL JARAMA"

*El Jarama*, de Sánchez Ferlosio, es, como *Ulises*, una novela-día. Por ello no nos ha parecido obvio anteponer a su comentario unas líneas sobre la preocupación temporal en la novela moderna, con la que se halla estrechamente emparentada. Se ha propuesto su autor dos limitaciones en el desarrollo: un día de verano y un trozo de paisaje orilla del Jarama. Con esos dos mínimos soportes, que encuadran a unos cuantos seres, pocos, construye su relato. Protagonista, el tiempo.

La relación con *Ulises* puede, así de primeras, establecerse. La relación es sólo de método, de planteamiento; por ello hacemos referencia a la capital novela de Joyce, por ser fuente más pura que las posteriores de la novela norteamericana. Un día es el horizonte, el día presente (como reza en la cita de Leonardo), en el que se encaja cuanto va a suceder. En seguida notamos que muy poco va a suceder; lo importante es el reflejo, la captación de una continuidad, y el grupo de chicos y chicas que han venido al Jarama a divertirse no son sino el instrumento secundario del novelista para mostrarnos cómo pasa el tiempo al filo de un río. No

podemos llamar a este empeño manriqueño, pues en el verso hay una consecuencia dolorosa que aquí no transpira por ninguna parte.

En la novela-día de Joyce, lo que se pretende es socavar hasta lo más abisal del ser humano; Sánchez Ferlosio obra de modo contrario, absolutamente contrario: se vuelca hacia afuera hasta un extremo, que ahora puntualizaremos. Sánchez Ferlosio ha escogido unos tipos vulgares (por tanto, poco complicados), cuyo sentido vital consiste en gozar el domingo y del domingo, como único día de la semana en que les es posible el goce. Por su clase social, el afán de día presente se hace más agudo. Todo, pues, los mueve hacia el exterior: el paisaje, la circunstancia y ellos mismos; los apoyos humanos de la novela, su desenvolvimiento, denotan la intención realista. Realismo es una palabra que puede ser peligrosa. Aquí es contundentemente aplicable. Los personajes de Sánchez Ferlosio accionan su divertimento, y principalmente lo hablan. Esto es: el novelista no juega con la interioridad, ni con el recuerdo, ni con el monólogo. Notamos cómo son porque dialogan. El diálogo es la novedad más importante de *El Jarama*. Como en la vida, el verbo es lo que nos explica. Pero la palabra en *El Jarama* tiene una función discursiva; la falta de historia ocasiona que se convierta en palabra por sí, que zigzaguea sin objeto determinado y continuamente, como el agua que pasa cerca. Dialogan de lo que pasa, y van constituyendo caracterizaciones psicológicas. En la orilla del río hay un pequeño mundo dinámico; en el ventorrillo hay otro pequeño mundo estático, cansado, viejo, y Sánchez Ferlosio juega, casi hasta el final de la obra, con esta alternancia, contrastándola.

La pausa en el diálogo es paisaje. El silencio se nota porque entonces se intercala la descripción, con pormenor y poesía. *El Jarama* está totalmente lejos de la técnica impresionista, denotando un colosal esfuerzo por acabar con la improvisación. El dibujo es acabado, la prosa es sólida. No hay fusión de persona-paisaje: se trata de dos planos diferentes, separados en la composición.

*El Jarama* parece un cuadro renacentista—rigor en el detalle—, y transpira a veces semejante vitalidad, en versión de nuestros tiempos.

Más o menos conscientemente, Sánchez Ferlosio ha dado al paisaje un valor simbólico. Campo de guerra, muerte, y en el mismo lugar, unos jóvenes que no vivieron la tragedia española, que sólo la han escuchado: “Sí; a mi tío le mataron aquí.” Dos

tiempos frente a frente, pues. Pero el tiempo, en esta novela, es costumbre, y acercamiento a la manera costumbrista, su fórmula expresiva. De ahí la importancia que tiene en ella el lenguaje diario, vulgar, de giros madrileños, oportuno, gracioso, patoso. Como es. Entre los aciertos de este libro debe contar el esfuerzo—que no se nota—por darle a ese lenguaje categoría artística, sin dejar de servir su misión incluso documental. Es cierto que a veces cansa un poco seguirlo; el cansancio acaso venga del exceso de exterioridad.

El Jarama entra en su fase más conseguida exactamente cuando llega la noche. Entonces, el paisaje se pega a las personas; el mundo dinámico y el mundo estático, que han permanecido distantes durante el día, se unen poco a poco, hasta que, al ahogarse Luci, se produce la reunión total. El drama, sin embargo, no cambia el ritmo prodigioso de la novela. Es una cosa más que ocurre, y sirve para enlazarlos a todos. El río, allí cerca, sigue fluyendo imperturbable, casi sin oírse, ajeno, fríamente estremecedor, rutinario.

El tiempo y el Jarama. Sánchez Ferlosio, en su ejercicio colosal, ha apurado hasta lo exhaustivo un modo de realizar la novela, que lleva bastantes años de vigencia europea, pero que entre nosotros—hasta ese extremo—no había llevado a cabo nadie.